



# **EL NAPOLEÓN DE LOS LADRONES**

---

Vida y andanzas de Adam Worth

**EL AUTÉNTICO MORIARTY**

---

**BEN MACINTYRE**

Una crónica sobre el mayor delincuente de la historia de la humanidad, un ladrón que superaba a Moriarty, y su perseguidor, perteneciente a la primera agencia de detectives de la historia.

Para Kate

*Adam Worth fue el Napoleón de los ladrones. Ningún otro delincuente le ha llegado a la suela del zapato.*

SIR ROBERT ANDERSON,

*Jefe de Investigación Criminal de Scotland Yard, 1907*<sup>[1]</sup>

*Es el rey de la delincuencia, Watson. Es el organizador de la mitad del mal y de casi todo lo que pasa inadvertido en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Posee un cerebro de primer orden. Permanece inmóvil como una araña en el centro de la tela, pero la suya tiene mil radios, y reconoce la vibración de cada uno de ellos. Actúa poco. Se limita a trazar los planes, pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados [...]. El inductor principal que utiliza a tales agentes no es atrapado jamás [...]. Ni siquiera despierta la menor sospecha.*

*Sherlock Holmes, hablando del profesor Moriarty en The final Problem, de*

SIR ARTHUR CONAN DOYLE<sup>[2]</sup>

*Espero que no habrá llevado usted una doble vida, fingiendo ser malvado cuando en realidad ha sido bueno en todo momento. Eso sería una demostración de hipocresía.*

OSCAR WILDE, *La importancia de llamarse Ernesto*<sup>[3]</sup>

## PREFACIO

Hace algún tiempo acudí a Los Ángeles para cubrir la última entrega del caso Rodney King, esa saga sombríamente definidora de los tiempos modernos. Sin embargo, cuando dejé la ciudad tenía en la cabeza otra historia de policías y ladrones.

Los agentes blancos de la policía de Los Ángeles que habían sido filmados por un cámara aficionado mientras daban una paliza al conductor negro, seguían proclamando tercamente su inocencia desde el banquillo de los acusados, que ocupaban por segunda vez. Se mascaba en el ambiente que la ciudad estaba al borde de un nuevo estallido de disturbios. Una tarde, cuando el jurado ya se había retirado a deliberar sobre el veredicto, decidí llegarme en coche hasta la zona de Van Nuys para indagar en los archivos de la agencia de detectives Pinkerton; tenía en la cabeza la idea de escribir un artículo para *The Times* sobre la actividad policial en otra época, de tonos sepia, a un mundo de distancia de los matones que estaban siendo juzgados y de los violentos de los guetos que tomarían las calles si aquéllos escapaban de nuevo a la justicia.

La agencia Pinkerton. El mero nombre evocaba la imagen de unos detectives de patillas y mostachos cómicos, armados de revólveres de seis tiros, que cabalgaban tras personajes como Jesse James, la banda de Reno, Butch Cassidy y Sundance Kid. Un aburrido secretario que no dejaba de hacer globitos con goma de mascar me condujo a los archivos del sótano. Me di cuenta al instante de que allí había mucho más de lo que se podía digerir, no ya en una

tarde sino en un año entero. Las hileras de cajones, que rebosaban de expedientes, daban testimonio de la minuciosidad de los primeros detectives norteamericanos. Al cabo de una hora de husmear al azar, tomé en mis manos un álbum de recortes encuadernado, con fecha de 1902, y al hojearlo encontré este fragmento de un artículo de prensa:

***THE SUNDAY OREGONIAN, PORTLAND***  
***27 de julio de 1902***

***ADAM WORTH, EL MAYOR LADRÓN DE LOS  
TIEMPOS MODERNOS, ROBÓ TRES MILLONES DE  
DÓLARES***

Ésta es la historia de Adam Worth.

Si un autor de ficción fuese capaz de concebir un relato semejante, es probable que no se atreviera a escribirlo por temor a ser acusado de recurrir a lo más desquiciado e improbable.

La valoración sobria, fría y técnica que hacen de Adam Worth los más afamados cazaladrones de Norteamérica y de Gran Bretaña lo señala como el delincuente profesional más notable, exitoso y peligroso que han conocido los tiempos modernos.

A lo largo de una vida delictiva que abarca casi medio siglo, Adam Worth consiguió un botín de al menos dos millones de dólares, que bien podrían ser incluso tres.

Surcando el Mediterráneo en un yate a vapor con una tripulación de veinte hombres, Worth dejó tras él un rastro de ciudades saqueadas.

Sólo fue capturado en una ocasión, y ello fue debido a la torpeza de uno de sus aliados. Dirigió a los malhechores más astutos y proyectó golpes con un ingenio que desafiaba el talento de los mejores detectives del mundo.

Las policías de Norteamérica y de Europa suspiraron durante años por echarle el guante, y durante años se dedicó a perpetrar toda clase de robos — falsificaciones de cheques, estafas, hurtos, voladura de cajas fuertes, diamantes, asaltos al correo, allanamientos de morada, asaltos en caminos y atracos a bancos— ante sus propias narices, con absoluta impunidad.

Con todo, existen en la biografía de este individuo descarriado tres puntos que lo redimen.

Sentía una ferviente adoración por su familia y consideraba y trataba a sus seres queridos como algo sagrado. Su esposa nunca conoció sus actividades delictivas y sus hijos viven hoy en Estados Unidos ignorando totalmente que su padre fue el maestro de ladrones del mundo civilizado.

Nunca fue violento con las personas, y bajo ninguna circunstancia quiso tener tratos con nadie que lo fuera.

Y nunca dejó en la estacada a un amigo ni a un cómplice.

En una ocasión, por mantener esa lealtad, rescató a su grupo de estafadores de una prisión turca, y a continuación lo liberó de manos de unos bandoleros griegos, lo cual lo dejó en la miseria.

Y esa lealtad fue lo que lo convirtió en «el hombre que robó el retrato de Gainsborough». La razón de dicho robo se contará aquí por primera vez. Hasta hoy, todos los que la conocían estaban obligados a guardar silencio. El motivo que impulsó esa reprensible hazaña fue único en los anales de la delincuencia moderna.

Adam Worth, que amasó millones, que en un tiempo apostaba a cara o cruz a cien libras la tirada, que tuvo participación en una cuadra de caballos de carreras y fue propietario de un yate a vapor y de un

velero de regatas, murió hace unas semanas igual que había empezado, como un pobre ladrón, sin un penique.

Este hombre llegó a encumbrarse por encima de todos los delincuentes de su época; les sacaba tanta ventaja que el hombre encargado de cazarlo flojeó ante su magistral inteligencia, aunque el destino inexorable que persigue a quien quiebra las leyes morales acabó con él, por fin, cuando la ley humana se declaraba ya impotente.

A su muerte, Adam Worth seguía constituyendo el mismo misterio que había resultado a lo largo de toda su vida incluso para las policías de medio mundo (salvo para ciertos oficiales e inspectores de Scotland Yard, para la agencia Pinkerton y para un reducido puñado de cargos policiales norteamericanos). De no haber cobrado tanta fama recientemente como el autor del robo y de la devolución del retrato de Gainsborough, el público no habría tenido la menor idea de su existencia. Apenas unos pocos de los detectives más competentes del mundo conocían su fisonomía, y menos eran aún los que sabían alguna cosa de él. El relato que sigue es una historia absolutamente verídica hasta el menor detalle, comprobada minuciosamente y avalada por los hombres que pasaron casi medio siglo tratando de atraparlo.

Nada en esta narración queda abierto a conjeturas.

Para mi frustración, el resto del artículo prometido no aparecía pegado en el álbum. Leí una y otra vez el recorte, extravagante en sus afirmaciones incluso para lo habitual en el periodismo de la época, y en el fondo de mi mente empezó a bullir un poco de la excitación que había sentido en Los Ángeles. Entonces recibí una llamada en el busca-



personas electrónico, y el sonido me devolvió vertiginosamente al presente con la noticia de que era inminente el anuncio público del veredicto del caso Rodney King. La tarde siguiente, dos de los policías habían sido encontrados culpables, los habitantes de South Central Los Ángeles habían decidido renunciar a demostraciones de violencia y yo estaba otra vez en Van Nuys, donde hurgaba en los archivos Pinkerton a la busca de todo el material que pudiera encontrar sobre Adam Worth. Pronto descubrí que los detectives lo habían perseguido por todo el mundo durante décadas con tenaz perseverancia, y que el resultado era una abundante documentación: seis carpetas completas, en orden cronológico, atadas en un solo paquete y rebosantes de fotografías, cartas, más artículos de periódico y centenares de informes de los detectives de la agencia, cada uno de los cuales exponía con pulcra caligrafía una historia aún más intrigante y fuera de lo común de lo que insinuaba el anónimo articulista del Sunday Oregonian.

Según se traslucía de los documentos, Adam Worth era mucho más que un mero delincuente con talento. Charlatán profesional, era el más temido de todos los «hombres del saco». Victorianos; era el hombre de dos caras, el truhán encantador, el respetable y civilizado doctor Jekyll diurno cuya maldad sólo emergía al abrigo de la noche. Worth convirtió en leyenda su propia vida y levantó una densa cortina de humo de riqueza y posesiones para disimular la multitud de delitos que había empezado como carterista y desertor, y que más adelante había ampliado al robo de cajas fuertes a escala industrial, falsificaciones internacionales, robos de joyas y atracos en la carretera. Los expedientes sobre Worth ofrecían una galería de vividos retratos de bribones, aristócratas, timadores, furcias, malhechores y policías, todos los cuales giraban en torno a este hombre singular. Los Pinkerton describían con minucioso detalle su red delictiva, que irradiaba de París y de Londres

y que se extendía de Jamaica a Sudáfrica, desde Norteamérica hasta Turquía.

Salí del archivo Pinkerton lleno de entusiasmo pero exasperado. El material era abundantísimo pero incompleto. Como todo sinvergüenza sensato interesado en borrar sus huellas, Worth se había abstenido de escribir sus memorias y sólo había dejado tras él una serie de cartas en clave. Mis investigaciones iniciales me habían suscitado más preguntas que respuestas. ¿Cómo había desarrollado Worth su contradictorio código moral? ¿Cómo había escapado a la captura durante tantísimos años? ¿Cómo había realizado su transformación de pobre emigrante judío alemán establecido en Cambridge, Massachusetts, a milord inglés en el corazón del Londres aristocrático?

Pero había un misterio que me intrigaba por encima de todos los demás. A principios de verano de 1876, en el punto álgido de su poder delictuoso, Worth había robado La duquesa de Devonshire, el famoso retrato de Gainsborough —en su época el cuadro por el que se había pagado la cantidad más elevada— de una galería de arte londinense, en plena noche. ¿Qué lo había poseído? Y otra cosa aún más desconcertante, ¿por qué había conservado esa gran pintura en su poder, en secreto, durante los veinticinco años siguientes? Ya entonces tuve la certeza de que el retrato de Gainsborough era la clave para desentrañar el secreto de Adam Worth.

California resultó tan sólo la primera parada de un largo camino. Poco a poco fui reuniendo una imagen más completa a base de cartas y diarios, de memorias publicadas de otros malhechores, de relatos periodísticos y de los archivos de Scotland Yard, de la Sûreté de París, de la galería de arte Agnew's y de la Chatsworth House. A esto siguió pronto otra serie de descubrimientos, completamente inesperados.

Worth se inventó una existencia aventurera y romántica, pero cuando el Sunday Oregonian calificaba su provocativa

historia como la esencia misma de la ficción, el periódico se ceñía a la realidad más rigurosa. Sherlock Holmes, el detective inglés, ya era un personaje conocido cuando *sir* Arthur Conan Doyle tuvo conocimiento de las ruines hazañas de Worth. Según descubrí, el gran escritor había utilizado a éste nada menos que como patrón para su personaje del profesor Moriarty, el archirrival de Holmes, su adversario coleccionista de arte y uno de los criminales más memorables de la literatura. Conan Doyle no es el único que está en deuda con Worth, pues otros escritores tan dispares como Henry James y Rosamund De Zeer Marshall, autora de novelas bélicas cargadas de romanticismo y de violencia, encontraron inspiración también en las actividades de Worth.

Mi investigación me condujo a algunas peregrinaciones insólitas: al magnífico edificio de Piccadilly, cerca de Fortnum & Mason's, que fue el centro de las actividades delictivas de Worth; al campo de batalla de la guerra de Secesión americana, donde nuestro hombre se reinventó por primera vez; a la galería de arte londinense donde robó su posesión más preciada, o a una sala de la casa de subastas Sotheby's, donde por primera vez me encontré cara a cara con esa imagen indeleble. En el momento en que escribo, en la corresponsalía de The Times en París, distingo desde la ventana el Grand Hotel en la place de l'Opéra, donde Worth tuvo en la década de 1870 un casino ilegal y su corte, con su amante. Todavía no estoy seguro de quién ha seguido los pasos de quién durante los últimos cuatro años: si yo los de Worth o él los míos.

Emprendí pues la caza del «mayor ladrón de los tiempos modernos». Lo que descubrí resultó un reflejo improbable de esa época... y de la nuestra: un caballero Victoriano y rey del delito que combinaba los principios morales más altos con la astucia criminal más rastrera. Lo que sigue es un relato que no se ha contado hasta hoy; es la historia de una doble personalidad, de una doble vara de medir y de una hipocresía extrema.

Ésta es la historia de Adam Worth.  
*París, marzo de 1996*

---

# £1000

## REWARD.

---

### STOLEN

Between half-past nine p.m. 25th, and 7 a.m. 26th inst., from the Picture Gallery, No. 39b, Old Bond Street, the celebrated Oil Painting, by Gainsborough, of the Duchess of Devonshire, Size 60 inches by 45 inches, without frame or stretcher.

She is dressed in white, with a blue silk petticoat and sash, and a large black hat and feathers. The head is turned three quarters to the right, the eyes directed towards the spectator, the hair profusely curled, powdered, and falling on the shoulders; the complexion is very brilliant, and the arms are folded across the waist. The background of the picture consists of sky, with trees on either side of the figure.



The above Reward will be paid by Messrs. Agnew and Sons, No. 39b, Old Bond Street, to any person giving such information as will lead to the apprehension and conviction of the thief or thieves, and recovery of the painting.

Information to Superintendent Williamson, Detective Department, Great Scotland Yard, London, S.W.



# 1 EL RAPTO

Una brumosa medianoche de mayo de 1876 tres hombres salieron de una elegante dirección de Piccadilly con sendas chisteras en la cabeza, dinero en el bolsillo y planes para un robo a lo grande. Con caminar pausado, el trío avanzó por la desierta calle y se detuvo en el punto de intersección de Piccadilly con Old Bond Street. En Old Bond Street, famosa por las galerías de arte y las tiendas de antigüedades, reinaba de día un permanente atasco de carruajes de gente rica, de personas de buena cuna y de quienes tenían interés y formación cultural. A aquellas horas estaba completamente desierta.

Los tres hombres cambiaron unas breves palabras en la esquina de la calle y uno de ellos se coló en un portal, invisible más allá de las sombras oscilantes que producían las farolas de gas, mientras los otros dos doblaban a la derecha por Old Bond Street. Formaban una pareja incongruente: uno era delgado y apuesto, de unos treinta y cinco años, con un bigote largo y bien cortado, que vestía al último grito de la elegancia masculina de la época, con botanadura de perlas y reloj de bolsillo de oro como complementos. El otro, que avanzaba unos pasos por detrás del primero, era un gigantón de anchas patillas grisáceas cuya levita mal ajustada apenas contenía un pecho grande como un tonel. De haber rondado alguien por allí, los habría tomado por algún ricachón que había salido a tomar el aire nocturno con su poco atractivo valet tras una cena sustanciosa en el club.